
Quijote



Seix Barral Biblioteca Formentor

Salman Rushdie

Quijote

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Quichotte*

© 2019, Salman Rushdie

Todos los derechos reservados

© 2020, Traducción: Javier Calvo

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Canciones del interior:

pág. 195: © Cadillac Ranch, ® 1980 Bruce Springsteen, interpretada por
Bruce Springsteen

Primera edición impresa en España: marzo de 2020

ISBN: 978-84-322-3637-2

Primera edición en formato epub en México: marzo de 2020

ISBN: 978-607-07-6723-4

Primera edición impresa en México: marzo de 2020

ISBN: 978-607-07-6636-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México -*Printed in Mexico*

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

*Quijote, un anciano, se enamora, se
embarca en una misión y es padre
pág. 15*

CAPÍTULO 2

*Un autor, Sam DuChamp, reflexiona sobre
su pasado y se adentra en territorio nuevo
pág. 39*

CAPÍTULO 3

*La Amada de Quijote, estrella de una dinastía
de estrellas, se muda a una galaxia distinta
pág. 60*

CAPÍTULO 4

*La Hermana de Hermano rememora su pelea
y se ve involucrada en un altercado distinto
pág. 84*

CAPÍTULO 5

*El primo de Quijote, el «bueno» del doctor
Smile, es un hombre con muchos secretos
pág. 102*

CAPÍTULO 6

*Sancho, el hijo imaginario de Quijote,
intenta entender su naturaleza
pág. 123*

CAPÍTULO 7

*Quijote y Sancho entran en el primer valle de la
misión y Sancho conoce a un insecto italiano
pág. 139*

CAPÍTULO 8

*En el cual, apartándonos del resplandor de
la Amada, examinamos su oscuridad
pág. 158*

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 9

*Algo desagradable sucede en el lago Capote
y los trastornos posteriores de la realidad
pág. 181*

CAPÍTULO 10

*En el que atraviesan el segundo valle, Sancho también
encuentra el amor y a continuación, en
el tercer valle, dejan atrás el conocimiento mismo
pág. 200*

CAPÍTULO 11

*El doctor Smile conoce al señor Thayer y un
abuelo emerge del pasado en forma de fantasma
pág. 225*

CAPÍTULO 12

*Una serie de sucesos absurdos acontecidos
durante una breve estancia en Nueva Jersey
pág. 251*

CAPÍTULO 13

*Quijote en la gran ciudad; muchas revelaciones,
y Sancho sufre un grave percance
pág. 270*

CAPÍTULO 14

*El autor conocido como Sam DuChamp conoce
a un desconocido al que no ha invitado
pág. 298*

CAPÍTULO 15

*Acerca de Hermana y la cosa imperdonable
pág. 326*

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 16

*La Cama Elástica les cuenta a Sancho y a Quijote
una vieja historia de traiciones, y el camino se abre
pág. 343*

CAPÍTULO 17

*En el que Hermana concluye la historia
familiar y también su partida de ajedrez
pág. 381*

CAPÍTULO 18

*Quijote alcanza su meta, tras lo cual la
vergüenza y el escándalo rodean a la Amada
pág. 421*

CAPÍTULO 19

*En el que se contesta la pregunta de Sancho
pág. 459*

CAPÍTULO 20

*Sobre el corazón del Autor
pág. 481*

CAPÍTULO 21

*Donde el mundo explota y el
Viajero se libera del tiempo
pág. 499*

AGRADECIMIENTOS

pág. 527

CAPÍTULO 1

Quijote, un anciano, se enamora, se embarca en una misión y es padre

Vivía una vez, en una serie de direcciones temporales por todos los Estados Unidos de América, un viajante de origen indio, edad avanzada y facultades mentales menguantes que, por culpa de su amor por la televisión más estúpida, se pasaba una parte enorme de su vida mirándola en exceso bajo la luz amarillenta de las sórdidas habitaciones de motel, y en consecuencia había terminado sufriendo una forma peculiar de lesión cerebral. Devoraba matutinos, programas diurnos, shows de media noche, telenovelas, comedias de situación, películas de Lifetime, dramas médicos, series policiacos, seriales de vampiros y de zombis, dramas de amas de casa de Atlanta, Nueva Jersey, Beverly Hills y Nueva York, romances y peleas entre princesas de fortunas hoteleras y autoproclamados sahs, así como los retozos de toda una serie de individuos que habían saltado a la fama por afortunados desnudos, por esos quince minutos de celebridad que obtienen ciertas personas jóvenes con muchos seguidores en las redes sociales gracias a su adquisición por medio de cirugía plástica de un tercer pecho o del hecho de que su figura después de extraerse unas cuantas costillas

imita la forma imposible de la muñeca Barbie de la compañía Mattel, o incluso, simplemente, por su capacidad para pescar carpas gigantes en escenarios pintorescos sin más atuendo que un bikini diminuto; además de por competiciones de canto, competiciones de cocina, competiciones de propuestas empresariales, competiciones para un puesto de aprendiz corporativo, competiciones entre vehículos gigantes operados a distancia, competiciones de moda, competiciones por el afecto tanto de solteros como de solteras, partidos de béisbol, partidos de baloncesto, partidos de fútbol americano, encuentros de lucha libre, encuentros de kickboxing, programación de deportes extremos y, por supuesto, concursos de belleza. (No veía «hockey». Para la gente de su categoría étnica y cuya juventud había transcurrido en los trópicos, el hockey, que en Estados Unidos se había rebautizado «hockey sobre césped», era un juego que se jugaba sobre hierba. Jugar al hockey sobre césped en hielo era, en su opinión, el absurdo equivalente de hacer patinaje sobre hielo en la hierba.)

Como resultado de su obsesión casi total por aquel material que en los viejos tiempos le había llegado por medio de un tubo de rayos catódicos y en la nueva era de las televisiones planas le llegaba por medio de las pantallas de cristal líquido, de plasma y de diodo orgánico de emisión de luz, sucumbió a ese desorden psicológico cada vez más frecuente por el cual los límites entre verdad y mentira se vuelven borrosos e indistintos, de manera que a veces se veía incapaz de distinguir la una de la otra, la realidad de la «realidad», y empezó a pensar en sí mismo como ciudadano natural (y habitante en potencia) de aquel mundo imaginario del otro lado de la pantalla al que tan devoto era, y que estaba convencido de

que les suministraba, a él y a todo el mundo, las orientaciones morales, sociales y prácticas por las que deberían guiarse en la vida todos los hombres y mujeres. A medida que pasaba el tiempo y se iba hundiendo más y más en las arenas movedizas de lo que se podría considerar la realidad irreal, sintió que se estaba involucrando emocionalmente con muchos de los habitantes de aquel otro mundo más luminoso, cuya membresía creía que tenía derecho a reclamar, como si fuera una Dorothy contemporánea planteándose mudarse a Oz, y en algún momento indeterminado desarrolló una pasión insalubre, por ser completamente unilateral, hacia cierto personaje televisivo, la hermosa, ingeniosa y adorada señorita Salma R, un enamoramiento que él describía, de forma muy errónea, como amor. Y en el nombre de ese supuesto amor decidió celosamente perseguir a su «amada» a través de la pantalla del televisor y hasta cualesquiera realidades en alta definición donde habitaran ella y los de su clase, y, no sólo por la gracia, sino también mediante sus acciones, ganarse su corazón.

Hablaba despacio y también se movía despacio, arrastrando la pierna derecha un poco al caminar, consecuencia duradera de un dramático Evento Interior sucedido hacía muchos años y que también le había dañado la memoria, de tal manera que, aunque seguía recordando con nitidez los acontecimientos del pasado remoto, sus recuerdos del periodo intermedio de su vida se habían vuelto inestables, llenos de lagunas y de otros espacios en blanco que se habían rellenado, como si lo hubiera hecho un albañil descuidado y con prisas, con recuerdos falsos creados por cosas que quizá hubiera visto en la tele. Aparte de eso, parecía estar en bastante buena forma para los años que tenía. Era un hombre alto, se

podría incluso decir que alargado, como esos que se ven en las demacradas pinturas del Greco y en las estrechas esculturas de Alberto Giacometti, aunque aquellos hombres habían sido (en su mayoría) de temperamento melancólico, mientras que él había sido bendecido con una sonrisa jovial y con los modales encantadores de un caballero de la vieja escuela, ambos rasgos valiosos para un viajante comercial, un trabajo que, en los años dorados de su vida, lo acompañaría durante mucho tiempo. Además, incluso su apellido era risueño. Se llamaba señor Smile. «Señor Ismail Smile, ejecutivo de ventas, Productos Farmacéuticos Smile, S. A., Atlanta, Georgia», decía su tarjeta de visita. En calidad de empleado de ventas, siempre había estado orgulloso de que su apellido fuera el nombre mismo de la corporación a la que representaba. El apellido familiar. Eso le confería cierta dignidad, o eso creía él. No era, sin embargo, el nombre con el que decidió ser conocido durante su última y ridícula aventura.

(El poco habitual apellido *Smile*, por cierto, era la versión americanizada de *Ismail*, de forma que el viejo viajante se llamaba en realidad Ismail Ismail, o bien Smile Smile. Era un hombre de piel oscura en Estados Unidos que anhelaba a una mujer de piel oscura, y sin embargo no veía su historia en términos raciales. Se podría decir que se había separado de su piel. Era una de las muchas cosas que su misión cuestionaría y cambiaría.)

Cuanto más pensaba en la mujer a la que decía amar, más claro le quedaba que un personaje tan magnífico no se iba a desplomar de alegría simplemente porque un desconocido total le declarara su *amor fou*. (No estaba *tan* loco.) Por tanto, le iba a hacer falta demostrar que era digno de ella, y en adelante su única preocupación

sería el suministro de las evidencias necesarias. ¡Sí! ¡Demostraría con creces su valor! Sería necesario, al inicio de su misión, mantener al objeto de sus afectos plenamente informado de sus andanzas, de manera que se propuso iniciar correspondencia con ella, una serie de cartas que revelaran su sinceridad, la profundidad de su afecto y lo lejos que estaba dispuesto a llegar para obtener su mano. Fue llegado a aquel punto de sus reflexiones cuando lo abrumó una especie de timidez. Si le revelaba lo humilde que era realmente su posición en la vida, era posible que ella tirara su carta a la basura con una risa encantadora y ya no volviera a prestarle atención. Si le revelaba su edad o le daba detalles de su apariencia, era posible que ella reaccionara a la información con una mezcla de burla y horror. Si le desvelaba su apellido, el ciertamente augusto apellido Smile, asociado como estaba a una gran fortuna, era posible que ella, presa del mal humor, alertara a las autoridades, y el hecho de que lo cazaran como a un perro a petición del objeto de su adoración le rompería el corazón, y era probable que muriera. Por tanto, de momento mantendría su identidad en secreto y sólo la revelaría cuando sus cartas y las hazañas que la describieran hubieran suavizado la actitud de ella hacia él y la hubieran hecho receptiva a sus avances. ¿Cómo sabría cuándo había llegado el momento? Era una pregunta que responder más adelante. Ahora mismo lo importante era empezar. Y llegaría un día en que el nombre adecuado, la mejor de todas las identidades, acudiría a él en ese momento que media entre la vigilia y el sueño, cuando el mundo imaginario de detrás de nuestros párpados consigue rociar con unas gotas de su magia el mundo que vemos cuando abrimos los ojos.

Aquella mañana le pareció verse a sí mismo en un

sueño dirigiéndose a sí mismo despierto. «Mírate —le murmuró su yo medio dormido a su yo medio despierto—. Con lo alto y flaco que eres y, sin embargo, no te crecen más que cuatro pelos de barba, como si fueras un adolescente con granos. Y, sí, admítelo, también estás un poco tocado de la cabeza, eres uno de esos tipos con la cabeza en las nubes que confunden las formaciones de cúmulos, o de cumulonimbos, o incluso de cirrostratos, con la tierra firme. ¡Acuérdate de tu pieza musical favorita cuando eras niño! Ya sé que hoy en día prefieres los gorgoritos que oyes en *American Idol* o *The Voice*. Pero en aquellos tiempos te gustaba lo que le gustaba al melómano de tu padre, adoptabas sus gustos musicales como propios. ¿Te acuerdas de su disco favorito?» Y llegado aquel momento el Smile medio dormido sacó haciendo una floritura un LP de vinilo que el Smile medio despierto reconoció al instante. Era una grabación de la ópera *Don Quijote* de Jules Massenet. «Una versión muy libre de la gran obra maestra de Cervantes, ¿verdad? —murmuró el fantasma—. Como tú, que también pareces una versión muy libre.»

Estaba decidido. Salió de la cama con su pijama de rayas —más deprisa de lo que era su costumbre— y dio literalmente una palmada. ¡Sí! ¡Ése sería el seudónimo que usaría en sus cartas de amor. Sería su ingenioso caballero, don Quijote. Sería Lancelot y ella Ginebra, y se la llevaría a la Guardia Gozosa. Sería, citando al Chaucer de los *Cuentos de Canterbury*, su «berdadero, perfecto et gentil cavallero».

Corría la Era Donde Puede Pasar Todo, se recordó a sí mismo. Había oído a mucha gente decirlo por la tele y también en aquellos extravagantes videoclips que flotaban en el ciberespacio y que le añadían un nivel más de

nueva tecnología a su adicción. Ya no existían las reglas. Y en la Era Donde Puede Pasar Todo, en fin, podía pasar todo. Los viejos amigos podían ser los nuevos enemigos y los enemigos tradicionales podían ser tus nuevos mejores amigos o incluso amantes. Ya no era posible predecir el clima, ni la posibilidad de guerra, ni el resultado de las elecciones. Una mujer podía enamorarse de un lechón, o un hombre ponerse a vivir con un búho. Una belleza podía quedarse dormida y al recibir un beso despertarse hablando un idioma distinto y en ese nuevo idioma revelar un carácter completamente alterado. Una inundación podía ahogar tu ciudad. Un tornado se podía llevar tu casa a una tierra lejana donde, al aterrizar, aplastaras a una bruja. Los criminales se podían convertir en reyes y los reyes ser desenmascarados como criminales. Podías descubrir que la mujer con la que vivías era la hija ilegítima de tu padre. Una nación entera se podía tirar por un precipicio como si fuera una horda de *lemmings*. Los hombres que interpretaban a presidentes en la tele podían llegar a ser presidentes de verdad. Podía terminarse el agua del mundo. Una mujer podía dar a luz a un niño que resultara ser un dios vampírico. Las palabras podían perder su significado y adquirir uno nuevo. El mundo se podía terminar, tal como había empezado a predecir en repetidas ocasiones por lo menos un importante científico empresario. Un olor maligno flotaría en el aire del final. Y una estrella de la tele podía devolver milagrosamente el amor de un viejo chiflado, concediéndole un inesperado triunfo romántico capaz de redimir una vida larga y pequeña, concediéndole, por fin, el resplandor de la majestad.

Quijote tomó su gran decisión en el Red Roof Inn de Gallup, Nuevo México (21 678 hab). El viajante contem-

pló con deseo y envidia el histórico hotel El Rancho, que en pleno apogeo del cine del Oeste había alojado a muchas de las estrellas cinematográficas que tenían sus rodajes en aquella zona, desde John Wayne y Humphrey Bogart hasta Katharine Hepburn y Mae West. El hotel El Rancho costaba más de lo que él podía pagar, de manera que había pasado de largo y había seguido conduciendo hasta el más humilde Red Roof, con el cual se conformaba. Era un hombre que había aprendido a aceptar su destino en la vida sin queja. Aquella mañana la tele estaba encendida cuando se despertó provisto de su nueva y luminosa identidad —se había quedado dormido sin acordarse de apagarla— y el hombre del tiempo de la KOB-4, Steve Stucker, estaba en pantalla con su Séquito Canino, compuesto por las celebridades perrunas *Radar*, *Rez*, *Squeaky* y *Tuffy*. Eso quería decir que era viernes y que el recién bautizado señor Quijote (no tenía la sensación de haberse ganado ni hecho méritos para el honorífico *don*), vigorizado por su nueva determinación y por el hecho de que se abriera ante él el sendero flanqueado de flores que llevaba al amor, se encontraba lleno de emoción, pese a hallarse al final de una fatigosa semana de trabajo en la que había estado visitando el área de prácticas médicas de la zona de Albuquerque entre otras. El día anterior lo había pasado en las distintas instalaciones de Servicios Sanitarios Cristianos Rehoboth McKinley, del Grupo Médico Western New Mexico y del Centro Médico Indio Gallup (que asistía a la importante población nativa americana del pueblo, extraída de las tribus hopi, navajo y zuni). Le parecía que las ventas habían ido bien, aunque sus risueñas insinuaciones de que pronto iba a pasar unas vacaciones en la mismísima Nueva York (8 623 000 hab) con una novia nueva, una Señorita Muy

Famosa, la Reina de la Televisión que Hay que Ver, fueron recibidas con fruncimientos de ceño perplejos y risillas avergonzadas. Y el pequeño chascarrillo que hizo en el Centro Médico Indio —«¡Yo también soy indio! ¡De los del punto en la frente, no de los de la pluma! Así que estoy contento de estar aquí, en territorio indio»— no había sentado nada bien.

Ya no tenía residencia fija. Su hogar era la carretera, su sala de estar era el coche, su armario de la ropa era la cajuela, y una larga serie de establecimientos de las cadenas Red Roof Inn, Motel 6, Days Inn y otras posadas le suministraban las camas y los televisores. Prefería los moteles que tenían canales de cable premium, pero si no los había, se conformaba con las cadenas generalistas. Aquella mañana, sin embargo, no tenía tiempo para el hombre del tiempo local y sus mascotas rescatadas. Quería hablar con sus amigos del amor y de la misión de amor en la que estaba a punto de embarcarse.

La verdad era que ya casi no le quedaban amigos. Estaba su rico primo, jefe y patrono, el doctor R. K. Smile, y la esposa del doctor Smile, Happy, aunque ya no pasaba tiempo con ellos, y estaban los recepcionistas de algunos de los moteles que frecuentaba habitualmente. Había unos cuantos individuos desperdigados por el país y por el planeta que quizá todavía albergaran sentimientos parecidos a la amistad hacia él. Y había, por encima de todo, una mujer en Nueva York (se hacía llamar la Cama Elástica Humana) que quizá le volviera a sonreír alguna vez, si él tenía suerte y si ella aceptaba sus disculpas. (Él sabía, o creía saber, que le debía disculpas, pero sólo se acordaba en parte de por qué, y a veces le parecía que quizá su memoria dañada le hubiera dado la vuelta a la situación y fuera ella quien necesitaba disculparse con

él.) Pero no tenía grupo social, ni cohorte, ni pandilla, ni amigos reales; hacía mucho tiempo que había abandonado el tumulto social. En su página de Facebook se había «hecho amigo» o había «aceptado amistad» de un pequeño y menguante grupo de viajeros comerciales como él, así como de un surtido de corazones solitarios, fanfarrones, exhibicionistas y señoras procaces que se comportaban de la forma más erótica que les permitían las reglas más bien puritanas de la red social. Hasta el último de aquellos «amigos» vio su plan, cuando lo posteó con entusiasmo, como lo que era —un plan descerebrado y rayano en la demencia— y trató de disuadirlo, por su propio bien, de que persiguiera o acosara a la señorita Salma R. En respuesta a su post aparecieron emoticonos con el ceño fruncido y bitmojis que lo reprendían meneando el dedo y GIF de la propia Salma R poniendo los ojos bizcos, sacando la lengua y haciendo girar el dedo junto a la sien derecha, todo lo cual se unía a la serie universalmente reconocida de gestos que significaban «loquito». Pese a todo, él no se dejó disuadir.

Esa clase de historias, en líneas generales, no terminan bien.

En su juventud —que había tenido lugar hacía el tiempo suficiente como para que su recuerdo de ella hubiera permanecido claro—, había sido un hombre errante de una clase más pura que el viajante que terminaría siendo, y había recorrido el mundo sólo en pos de todo lo que pudiera ver, desde el cabo de Hornos hasta la Tierra del Fuego, aquellos confines del planeta donde todo el color se había escapado del mundo, de tal manera que las cosas y la gente sólo existían en blanco y negro; por

los orientales terrenos yermos de Irán, desde la población infestada de cucarachas de Bam hasta la salvaje ciudad fronteriza de Zahedán, en los tiempos desaparecidos del sah; desde la bahía Shark de Australia, donde había nadado entre los sentimentales delfines, hasta la gran migración de ñus por la incomprensible llanura del Serengueti. Había jugado al Holi con los descendientes bhojpuri parlantes de los trabajadores siervos indios de las islas Mauricio y había celebrado el Eid al-Adha con los tejedores de chales de la aldea de alta montaña de Aru, cerca del glaciar de Kolahoi, en Cachemira. Sin embargo, cuando ya estaba adentrándose en la mediana edad, el Evento Interior lo había cambiado todo. Al recobrar el conocimiento después del Evento se encontró con que había perdido toda ambición personal y curiosidad, con que las grandes ciudades le resultaban opresoras y sólo ansiaba el anonimato y la soledad.

Además, había desarrollado un miedo agudo a volar. Recordaba un sueño en el que primero se había caído y después se había ahogado, y aquel sueño lo había convencido de que los viajes aéreos eran la más ridícula de todas las fantasías y falsedades que los auditores de la tierra les intentaban infligir a los hombres y mujeres inocentes como él. Si un avión volaba y sus pasajeros llegaban a salvo a su destino, era una simple cuestión de buena suerte. No demostraba nada. No quería morir cayendo del cielo al agua (su sueño) ni a la tierra (lo cual sería todavía más incómodo), y por tanto decidió que si los dioses de la buena suerte le concedían alguna clase de recuperación jamás volvería a subirse a uno de aquellos contenedores monstruosamente pesados que prometían elevarlo a casi diez mil metros de altura. Y se recuperó, aunque arrastrando una pierna, y desde entonces ya sólo viajó

por carretera. A veces le pasaba por la cabeza hacer un viaje por mar siguiendo la costa americana hasta Brasil o Argentina, o bien cruzar el océano Atlántico hasta Europa, pero nunca llegó a hacer las disposiciones necesarias, y en los últimos tiempos era poco probable que su salud poco fiable y su frágil cuenta bancaria pudieran soportar la tensión de un viaje semejante. Así pues, se convirtió en una criatura de la carretera, y eso ya no cambiaría.

En una vieja mochila, cuidadosamente envueltos en papel de seda y plástico de burbujas, llevaba siempre una selección de objetos de tamaño reducido que había obtenido durante sus viajes: un guijarro de China convertido en objeto de «arte encontrado», cuyas irregularidades superficiales parecían un paisaje de colinas boscosas en la niebla, un busto de Buda al estilo de Gandhara, una mano camboyana de madera enhiesta con un símbolo de la paz en el centro de la palma, dos cristales estrellados, uno grande y otro pequeño, un guardapelo victoriano dentro del cual había metido fotografías de sus padres, otras tres fotografías que retrataban una infancia en una lejana ciudad tropical, un cortapuros de latón eduardiano con forma de dragón de dientes afilados, una caja de cerillas india «Marca Cheetah» con la imagen de un guepardo acechante, una abubilla en miniatura de mármol y un abanico chino. Aquellas trece cosas eran numinosas para él. Cuando llegaba a su habitación a pasar la noche dedicaba unos veinte minutos a organizarlas con cuidado por sus aposentos. Tenían que estar perfectamente colocadas, guardando la relación correcta entre sí; en cuanto quedaba satisfecho con la disposición, la habitación adquiría de inmediato la atmósfera del hogar. Sabía que si no ponía aquellos objetos sagrados en sus lugares adecuados, su vida carecería de equilibrio y él sucumbi-

ría al pánico, la inercia y finalmente la muerte. Aquellos objetos eran la vida misma. Siempre y cuando estuvieran con él, la carretera no le depararía ningún terror. Sería su sitio especial.

Tenía suerte de que el Evento Interior no lo hubiera reducido a la estupidez total, a diferencia de un tipo tambaleante y maltrecho al que había visto una vez y que era incapaz de hacer nada más difícil que recoger las hojas caídas del parque. Se había pasado muchos años trabajando de viajante comercial de productos farmacéuticos y continuaba haciéndolo a pesar de que ya le había pasado la edad de jubilarse y a pesar de su estado mental incipientemente inestable, impredeciblemente caprichoso, cada vez más errático y obsesivo como una mula, gracias a la amabilidad del ya mencionado primo rico, el doctor R. K. Smile, empresario de éxito, que después de ver una producción de *Muerte de un viajante* de Arthur Miller por la tele se había negado a despedir a su pariente, por miedo a que el despido acelerara la defunción del anciano.*

El siempre próspero negocio farmacéutico del doctor Smile lo había catapultado hacía poco al estatus de multimillonario gracias al perfeccionamiento que se había llevado a cabo en sus laboratorios de Georgia de un espray para aplicar por vía sublingual fentanilo, un medicamento para el dolor. Rociarse el potente opioide bajo la lengua producía un alivio más rápido a los pacientes de cáncer terminal que sufrían lo que la comunidad médica denominaba eufemísticamente *dolor avanzado*. El dolor avanzado era dolor insoportable. El nuevo

* Pero la amabilidad del doctor Smile no se extendía a todas las cuestiones, ni mucho menos. Tal como veremos. Tal como veremos a su debido tiempo.

espray lo hacía soportable, al menos durante una hora. El éxito instantáneo de aquel espray, patentado y registrado con la marca InSmile™, hacía que el doctor R. K. Smile pudiera permitirse el lujo de mantener en plantilla a su anciano y pobre pariente sin preocuparse indebidamente por su productividad. Por extraño que parezca, durante un tiempo el descenso de Quijote a la demencia —una de cuyas definiciones posibles es la incapacidad para distinguir *lo que es* de *lo que no es*— no afectó materialmente a su capacidad para desempeñar sus obligaciones profesionales. De hecho, su estado resultó ser una ventaja, que lo ayudaba a presentar con absoluta sinceridad los dudosos argumentos a favor de muchos de los productos de su compañía, dado que creía de corazón en la eficacia con que se anunciaban y en su superioridad sobre todos sus rivales, por mucho que las campañas publicitarias estuvieran decididamente sesgadas, y en muchos casos los productos no fueran mejores que los de muchas marcas parecidas, y en otros fueran decididamente inferiores a la media de mercado. Gracias a su vaga incertidumbre acerca de la ubicación de la frontera verdad-mentira, y a su encanto personal y sus modales agradables, inspiraba confianza y parecía el promotor perfecto de los productos de su primo.

Llegó, sin embargo, el día inevitable en que el doctor Smile decidió jubilarlo tras ver el alcance de la pérdida de contacto de su primo con la realidad. Le dio la noticia a Quijote con la mayor amabilidad posible, volando en persona desde el sector de aviación general del aeropuerto de Hartsfield-Jackson a bordo de su nuevo G650ER para reunirse con Quijote en Flagstaff, Arizona (70 320 hab), después de recibir una llamada preocupada del director de la Unidad de Medicina Familiar de West Flagstaff,

D. F. Winona, doctor en osteopatía, maestría en Dirección de Empresas, miembro de la Asociación Americana de Médicos Osteópatas de Familia, a quien Quijote había confiado absurdamente durante su cita que estaba pensando en ser el acompañante de la deliciosa señorita Salma R en la próxima fiesta de los premios Oscar que organizaba *Vanity Fair*, después de la cual su clandestino romance se haría por fin público. Quijote y el doctor Smile se reunieron en el Relax Inn de la histórica Ruta 66, a poco más de seis kilómetros del aeropuerto de Pulliam. Hacían una extraña pareja, Quijote alto, lento y arrastrando la pierna, y el doctor Smile pequeño, lleno de dinamismo y claramente el jefe.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —le preguntó, con tristeza pero también en tono de que todo se había terminado: «Esta vez no te puedo salvar».

Y Quijote, haciendo frente a la absurdidad de su propia declaración, respondió:

—Es verdad, me he adelantado un poco a los acontecimientos, y pido perdón por dejarme llevar, pero ya sabes cómo somos los amantes, no podemos evitar pensar en el amor. —Estaba usando el control remoto de su habitación para alternar entre un partido de baloncesto que daban por la ESPN y un programa de crímenes reales del canal Oxygen, y al doctor Smile sus modales le parecieron afables pero distraídos.

—Entenderás —dijo el doctor Smile con toda la amabilidad que pudo— que voy a tener que despedirte.

—Oh, no es problema —contestó Quijote—, porque resulta que tengo que embarcarme de inmediato en mi misión.

—Ya veo —dijo el doctor Smile lentamente—. Bueno, quiero añadir que estoy dispuesto a ofrecerte un

pago único en concepto de finiquito; no es una fortuna, pero tampoco es una cifra desdeñable, y tengo el cheque para dártelo aquí mismo. También verás que la pensión de jubilación de Productos Farmacéuticos Smile es bastante generosa. Tengo la esperanza y la confianza en que te las podrás arreglar. Además, en cualquier momento en que pases por Buckhead, o por las islas Doradas en los meses de verano, las puertas de mis casas siempre estarán abiertas. Pasa a comerte un *biryani* con mi mujer y conmigo. —La señora Happy Smile era una morena regordeta con un peinado cardado. Era, según todos los testimonios, una especie de genio de la cocina. La oferta resultaba tentadora.

—Gracias —dijo Quijote, guardándose el cheque en el bolsillo—. ¿Te importa si llevo conmigo a mi Salma cuando te visite? En cuanto nos juntemos seremos inseparables, ya sabes. Y estoy seguro de que le encantará comerse ese *biryani* tan bueno que hace tu mujer.

—Pues claro —le aseguró el doctor Smile, y se levantó para marcharse—. ¡Tráela, por supuesto! Otra cosa —añadió—. Ahora que estás jubilado y ya no trabajas para mí, me vendría bien que me hicieras una serie de pequeños servicios personales en privado. En calidad de miembro de mi familia íntimo y de confianza, sé que puedo fiarme de ti.

—Estaré encantado de hacer todo lo que me pidas —dijo Quijote, haciendo una inclinación de cabeza—. Has sido el mejor primo del mundo.

—No será nada pesado, te lo aseguro —añadió el doctor Smile—. Sólo unas cuantas entregas discretas. Y tendrás todos los gastos pagados, no hace falta decirlo. En efectivo.

Se detuvo en la puerta de la habitación. Quijote estaba concentrado en el partido de baloncesto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó el doctor Smile.

—No te preocupes por mí —dijo Quijote, dedicándole aquella sonrisa risueña—. Tengo muchas cosas que hacer. Conduciré por ahí.

Durante sus largos años itinerantes, cuando vivía en la carretera al volante de su antiguo Chevrolet Cruze gris metálico, Quijote había deseado a menudo estar casado y tener hijos. Qué maravilloso sería tener a un hijo sentado a su lado, un hijo que pudiera tomar el volante durante horas mientras su padre dormía, un hijo con el que pudiera discutir cuestiones de interés del mundo actual así como verdades eternas, mientras la carretera que se desplegaba ante ellos estrechaba sus lazos y el viaje los unía de una forma en que nunca los podría haber unido la quietud de un hogar. Esos vínculos afectivos son un regalo que sólo la carretera otorga a quienes la honran y viajan por ella con respeto. Las estaciones de su trayecto eran paradas de descanso en el viaje de su alma hacia una unión final y mística seguida por el éxtasis eterno.

Pero no tenía mujer. Ninguna mujer lo había querido desde hacía mucho tiempo y, por tanto, tampoco tenía hijos. Ésa era la versión corta. En la versión larga, que había enterrado tan hondo que hoy en día incluso a él le costaba encontrarla, había mujeres por las que había tenido sentimientos, a quienes había adorado casi tanto como ahora reverenciaba a la señorita Salma R, y hablo de mujeres a las que había conocido personalmente. Se sabía un hombre con una capacidad verdadera para la adoración, un terreno en el que la mayoría de sus congéneres masculinos, siendo como eran unos brutos igno-

rantes y sin civilizar, se mostraban tristemente deficientes. Por consiguiente, le había resultado doloroso que casi todas las mujeres a las que había perseguido, poco después de empezar la persecución, hubieran hecho lo posible para escaparse.

Y se había peleado con la Cama Elástica Humana. Independientemente de quién le hubiera hecho qué a quién, no se habían separado en términos amistosos. Pero quizá pudiera enmendarse, si era capaz de recordar sus pecados. Y lo iba a intentar.

Pero sus asociaciones «románticas»... se habían marchado para siempre, ¿y acaso habían sido alguna vez reales? Ahora, mientras se entregaba a conseguir la mano de la señorita Salma R, le daba la impresión de que una pequeña esquina del velo que cubría el pasado se levantaba y le recordaba las consecuencias del amor perdido. Las vio pasar ante el ojo de su mente: la horticultora, la ejecutiva publicitaria, la relaciones públicas deslumbrante, la aventurera de las Antípodas, la mentirosa americana, la rosa inglesa, la implacable belleza asiática. No, era imposible el mero hecho de pensar en ellas. Se habían marchado y él se había librado de ellas y ya no le iban a poder romper más el corazón. Lo pasado pasado estaba —o por lo menos él se sentía bastante seguro de que había pasado—, y era bueno enterrarlas al fondo de todo de sus recuerdos, colocar sus historias en la pira funeraria de sus esperanzas y sellarlas en la pirámide de sus remordimientos; olvidar, olvidar y olvidar. Sí, las había olvidado, colocándolas en un sarcófago de olvido recubierto de plomo e impenetrable incluso para la visión de rayos X de Superman, y junto con ellas había enterrado al hombre que había sido entonces y las cosas que aquel hombre había hecho, los fracasos, los fracasos, los fracasos. Llevaba una eternidad re-

huyendo cualquier pensamiento amoroso, hasta que la señorita Salma R había vuelto a despertarle en el corazón unos sentimientos y unos deseos que él creía haber suprimido o incluso destruido junto con sus relaciones destruidas —si es que aquellas relaciones habían formado parte del mundo real y no habían sido simples ecos de la realidad mayor de las mujeres de la pantalla...—, y en aquel momento se había dado cuenta de que estaba naciendo en él una última gran pasión y había dejado de ser un don nadie ordinario para convertirse por fin en el gran hombre que tenía dentro, es decir, en Quijote.

No tenía hijos y su estirpe terminaría con él, a menos que pidiera y recibiera un milagro. Quizá pudiera encontrar un pozo de los deseos. Se aferró a esta idea: si actuaba de acuerdo con los principios arcanos del Deseo, los milagros eran posibles. Tan tenue era el hilo que lo unía con la cordura que se había convertido en estudiante de las artes del deseo; además de los pozos de los deseos, estudiaba los árboles de los deseos, las piedras de los deseos y, con cada vez más seriedad, las estrellas que concedían deseos. Después de completar sus investigaciones, tanto en libros polvorientos de la biblioteca especializados en saber esotérico astrológico como en una serie de páginas web de fiabilidad evidentemente dudosa, varias de las cuales abrían una ominosa ventana de diálogo que decía: «Aviso: esta página puede dañar su computadora», se convenció de que las lluvias de meteoros eran las mejores ocasiones para formular deseos; que las 23:11 eran la mejor hora, y que iba a necesitar un montón de fúrculas de pollo.

Había siete lluvias de meteoros al año, en enero, abril, mayo, agosto, octubre, noviembre y diciembre: las cuadrántidas, las líridas, las eta acuáridas, las perseidas,

las oriónidas, las leónidas y las gemínidas. Llevaba años persiguiéndolas una tras otra, a fin de captar alguna estrella fugaz con un buen reloj de pulsera y un buen cargamento de huesos de pollo en el bolsillo. Cuando quería, podía ser una persona decidida. En años anteriores ya había perseguido las cuadrántidas en las inmediaciones de Muncie, Indiana (68 625 hab), las líridas en Monument Valley y las eta acuáridas en la sierra del Rincón del desierto de Sonora, en Arizona. De momento aquellas expediciones no habían rendido frutos. «¡Da igual!», se decía a sí mismo. Un día nada lejano Salma R le daría tres, ¡no!, cinco, ¿o por qué no?, siete hijos e hijas magníficos. Estaba seguro. Pero como tenía la impaciencia de sus canas, decidió seguir persiguiendo lluvias de meteoros, para lo cual tenía más tiempo ahora que su primo lo había descargado de sus obligaciones. Los cuerpos celestes debían de estar impresionados por su persistencia, porque aquel mes de agosto, en una noche calurosa del desierto de más allá de Santa Fe, las perseidas le concedieron su deseo en la Devils Tower de las inmediaciones de Moorcroft, Wyoming (1 063 hab). A las 23.11 horas exactamente, partió siete fúrculas de pollo mientras llovía fuego del cielo procedente de la constelación de Perseo —¡Perseo el Guerrero, hijo de Zeus y Dánae, verdugo de la Gorgona!— y sucedió el milagro. El anhelado hijo, que aparentaba unos quince años de edad, se materializó en el asiento del pasajero del Cruze.

¡La Era Donde Puede Pasar Todo! ¡Qué feliz estaba, exclamó para sus adentros Quijote, qué agradecido estaba de vivir en aquella época!

El hijo mágico se manifestó en blanco y negro, con sus colores naturales desaturados igual que se ha puesto de moda en muchas películas modernas. Quizá, conjetu-

ró Quijote, el chico estuviera astrológicamente emparentado con los habitantes monocromáticos de la Tierra del Fuego. O quizá lo hubieran abducido los extraterrestres hacía mucho tiempo y ahora lo acabarían de devolver desde su nave nodriza, escondida en el cielo por encima de los meteoros que iluminaban la Devils Tower, después de muchos años de estudiarlo y de quitarle los colores con sus experimentos, sin que el tiempo pasara para él. Ciertamente, en cuanto Quijote conoció un poco al chico, le dio la impresión de ser mucho mayor de lo que era. Se parecía mucho al muchacho de las fotografías que él conservaba de su juventud en la otra punta del mundo. En una de ellas, Quijote aparecía con ocho o nueve años vestido con un pijama blanco estilo *kurta* y con las gafas de sol de su padre. En otra, un Quijote mayor, más o menos de la misma edad que la aparición, ya tenía un poco de bigote sobre el labio y estaba en su jardín con su promiscua perra alsaciana. De joven Quijote había sido un poco bajo y un poco gordito comparado con otros chicos de su edad. Luego, a finales de la adolescencia, como si una mano divina invisible lo hubiera agarrado y estrujado por el medio como a un tubo de pasta de dientes, ascendió a su estatura actual y se quedó flaco como una sombra. Aquel adolescente monocromático de ahora estaba obviamente en la misma fase posttubo de pasta de dientes estrujado, era igual de largo y estrecho que su padre y lucía las mismas gafas de sol que Quijote tantos años atrás. No llevaba pijama-*kurta*, sin embargo, sino que iba vestido de chico americano de pro, con camisa de cuadros de leñador y vaqueros con dobladillo. Al cabo de un momento se puso a cantar una vieja melodía publicitaria. Tenía voz de gallo. En la garganta se le mecía una nuez de Adán reciente.